

RESEÑAS

José Luis MARTÍNEZ: *Hernán Cortés*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Fondo de Cultura Económica, 1990, 1015 pp. ISBN 968-16-3330-X.

Hernán Cortés fue uno de los grandes hombres del siglo xvi. Su dramática vida tuvo dos periodos, uno de lento ascenso y de súbito encumbramiento, y otro de varios infortunios y de crecientes humillaciones. Hijo de hidalgos pobres de Medellín (Extremadura), a los 14 años fue enviado a la Universidad de Salamanca, donde durante dos años aprendió latín y rudimentos legales. Pero tenía poca voluntad para los estudios y volvió a su pueblo, donde se distinguió como hombre “bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas”. A los 17 años fue a Valladolid, donde aprendió el oficio de escribano. No contento con ello, buscó fortuna y a los 19 años se fue a América, donde su pariente Nicolás de Ovando era gobernador de la isla La Española. Estuvo como escribano de Azúa. En 1511 Diego Colón, sucesor de Ovando, encargó la conquista de la isla de Cuba al capitán Diego Velázquez, amigo de Cortés. Conquistada la isla, Cortés se estableció en la capital, de la que fue nombrado alcalde. Crió ganado y sacó oro; alcanzó alguna fortuna. En 1517 y 1518 Velázquez envió dos expediciones al mando de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva para explorar el golfo de México. Antes de regresar Grijalva, Velázquez decidió enviar otra armada. Nombró capitán a Hernán Cortés y le dio instrucciones para reconocer la costa, obtener informes del rico país del que se tenían noticias y “rescatar” oro, pero no conquistar ni poblar. Durante cuatro meses preparó su armada de 11 navíos —probablemente Cortés contribuyó con la mayor parte del capital necesario— y alistó 600 hombres. En febrero de 1519 sale de Cuba. Va primero a Yucatán, descubierto por Hernández de Córdoba, y llega a Cozumel. Se adelanta uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, entra

en un pueblo de indios y les toma gallinas, ornamentos de los templos y a dos indios y una india. Cortés lo reprende gravemente, diciendo “que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera, tomándoles a los nativos su hacienda, y le mandó volver el oro y demás, libertó a los indios y le mandó pagar por lo comido”. Esta primera acción civilizadora granjeó a Cortés la confianza de los indios. Y aquí, comenta Bernal Díaz, “comenzó Cortés a mandar muy de hecho”. Llega a Tabasco y en marzo tiene una primera batalla en Centla. Hace las paces con los de Tabasco y en abril recibe a la Malinche, famosa india que será su aliada más fiel. Llega a San Juan de Ulúa, donde funda la Villa de Veracruz. Llegan los primeros enviados de Montezuma (José Luis Martínez usa la versión correcta Motecuhzoma) con regalos. En mayo crea el cabildo de Veracruz, su “jugada maestra”, que nombró a Cortés capitán general y justicia mayor. A partir de este momento ocurre la súbita transformación de Cortés en guerrero y estadista excepcional. En las hermosas palabras de José Luis Martínez, que constituyen su primer análisis del fenómeno de Cortés, “estaba formado por un conjunto de cualidades, aptitudes y monstruosidades: calculada audacia y valentía, resistencia física, necesidad compulsiva de acción, comprensión y utilización de los resortes psicológicos y los móviles del enemigo, evaluación de las circunstancias de cada situación y decisiones rápidas ante ellas, dominio de los hombres con una mezcla de severidad, tolerancia y objetividad; aceptación impávida del crimen y la crueldad por razones políticas y tácticas; ausencia de escrúpulos morales y de propensiones sentimentales; sobriedad en el comer y en el beber; avidez erótica puramente animal, sin pasión; gusto por la pulcritud personal y por el trato señorial; curiosidad y amor por la tierra conquistada y su pueblo, con los que acaba por identificarse; intensas religiosidad y fidelidad a su rey, nunca ofuscadoras; capacidad de organización, de legislación y de reglamentación, y ambición de poder y de fama más fuertes que el afán de riqueza”.

Va a Cempoala y recibe un gran presente de joyas, oro, plumajes y ropas de Montezuma. En julio ocurre el hecho más espectacular de la vida de Cortés: quema las naves para impedir la vuelta a Cuba. Al mismo tiempo salen sus procuradores a Castilla con cartas y presentes para Carlos V. En agosto sale de Cempoala hacia el interior de México y llega a Jalapa. En septiembre tiene combates con los tlaxcaltecas, enemigos de los aztecas, y gana, porque ya le ayudan 400 indios de Cempoala y 300 de Iztacamaxtitlan. Se someten los tlaxcaltecas y van a ser los aliados más fieles de Cortés.

En octubre sale de Tlaxcala y llega a Cholula, cuyos habitantes son indios independientes de los aztecas, pero son sus aliados militares, y enemigos feroces de los tlaxcaltecas. Prepararon una emboscada, pero los españoles no se dejaban sorprender y cometieron una “matanza innoble”, en la que murieron más de 3 000. En noviembre Cortés sale de Cholula y pasa por Amecameca. El 8 de noviembre los soldados de Cortés y sus aliados avanzan hacia “la gran ciudad de Temixtitán”. Se realiza el primer encuentro del señor azteca y Cortés. “Ambos se esperaban con ansiosa curiosidad y confusos sentimientos. Ninguno sabía cuál iba a ser el desenlace del drama que representaban, pero sabían ya que iba a ser decisivo para sus pueblos y para ellos mismos.” Una vez instalados los huéspedes en “una muy grande y hermosa casa” y obsequiados de nuevo con ropas y joyas, Cortés recoge en su relato la exposición que le hizo Montezuma de la historia de su pueblo azteca y de la larga espera del retorno de Quetzalcóatl que habría de venir a sojuzgarlos. Cortés recibe noticias de que Cuauhpopoca, señor de Nautla y súbdito de Montezuma, había dado muerte en una emboscada a cuatro españoles y que, al tratar de vengar su agravio, habían muerto a otros soldados. Suponiendo que la acción de Cuauhpopoca fue instigada por el señor de México, Cortés apresa al monarca indio y días más tarde le pone grillos. Al mismo tiempo, le exige que haga traer a Cuauhpopoca y, en una hoguera formada por carretadas de flechas, escudos y mazas indias, le hace quemar junto con otros principales en la plaza mayor de México. Buscan el tesoro de Montezuma y lo encuentran en uno de los palacios detrás de una pared recién ocultada. Durante siete meses Cortés, con la ayuda de Montezuma, hace indagar la ciudad y el país.

En mayo de 1520 llegó a las costas de San Juan de Ulúa la armada de Pánfilo de Narváez, de 18 naves y 800 hombres, enviada por Diego Velázquez, para quitar el mando a Cortés. Cuando éste se entera de que los naturales de la tierra veracruzana y en especial el Cacique Gordo de Cempoala, su antiguo amigo, se habían aliado al invasor Narváez, y de que los señores de la región, adictos a Montezuma, lo estimulaban también, decide abandonar la ciudad de México el 10 de mayo, y afrontarlo. Nombra teniente suyo a Pedro de Alvarado y sale con 70 soldados. Se le incorporan en Cholula y Cempoala otros españoles, pero aun así, la fuerza de que disponía Cortés, de cerca de 300 españoles más los indígenas, era muy inferior a la de Narváez. Pero gracias al oro y a promesas, se aseguró la complicidad de muchos de los hombres de Narváez, sobre

todo de los artilleros, que no dispararían. Se logra finalmente la prisión de Narváez, que es enviado a Veracruz.

Durante estos sucesos llegaron de México noticias alarmantes; había estallado la rebelión indígena, a causa de la matanza del templo mayor ordenada por Pedro de Alvarado. Los mexicas, confederados con los de Tlatelolco, se habían decidido por la guerra a muerte contra los españoles. Una vez más Cortés decide servirse de Montezuma, para que desde una azotea pida que cese la guerra. El señor de México lo hizo y allí fue muerto de una pedrada en la cabeza (la versión indígena fue que “murió a puñaladas”, que lo mataron los españoles, así como a los demás principales que tenía consigo la noche en que huyeron). Dos jóvenes capitanes indios, Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, y Cuauhtémoc, señor de Tlatelolco, hermano y sobrino de Montezuma respectivamente, y que serán los últimos señores de México-Tenochtitlán, encabezan la nueva decisión indígena de lucha sin cuartel y ya no de renuncia fatalista.

Forzados por la situación desesperada y el creciente número de españoles muertos o malheridos, Cortés decide la salida de la ciudad de México la noche del 30 de junio de 1520. La columna constaba de siete u ocho mil hombres, de los cuales unos 1 300 eran españoles. La vanguardia, al mando de Gonzalo de Sandoval, y el centro, con Hernán Cortés, la artillería y el tesoro, los prisioneros y las mujeres, lograron más o menos llegar hasta la tierra firme, utilizando el puente portátil. En ese momento los mexicanos se dieron cuenta y se inició el encarnizado ataque en la calzada y por ambos lados de ella. El puente movable se hundió tanto en el fango que no pudo ser removido y los mexicas lo inutilizaron del todo, por lo que la retaguardia quedó cortada. La artillería y el tesoro se habían perdido y de la retaguardia, formada sobre todo con soldados de Narváez, sólo sobrevivieron Alvarado, muy mal herido, y cuatro soldados. Más de ochenta habían perecido. Según otra versión, más de cuarenta españoles, los más de a caballo, traían consigo mucho fardaje y como venían despacio, la gente mexicana, que era muy valiente, les atajó el camino y les hizo volver a los patios, donde se combatieron tres días con sus noches, mas todos fueron hechos pedazos. Según López de Gómara, más de doscientos españoles fueron matados en la “Noche triste”, sacrificados y comidos. Siete días después, en Otumba, hubo nueva lucha, pero los españoles lograron abatir al jefe de las tropas indígenas y le arrebataron su estandarte y la acción se decidió a favor de los españoles. Afortunadamente, los tlaxcaltecas los acogieron con generosidad. Contra la

voluntad de muchos de retirarse a Veracruz, Cortés decidió continuar la lucha. A fines de julio, Cortés y sus aliados combaten de nuevo en Tepeaca, y una vez más hacen una gran matanza de indígenas en Huaquechula.

En los meses siguientes Cortés recibió refuerzos considerables e inicia la construcción de 13 bergantines, ya que había decidido atacar la ciudad por tierra y por agua. El 30 de mayo de 1521 inicia el ataque, que duró 75 días. El 13 de agosto se cautiva a Cuauhtémoc y se rinde la ciudad.

En España, una comisión, presidida por el canciller Gattinara, debate sobre la contienda entre Cortés y Velázquez, y falla a favor de Cortés. El 15 de octubre de 1522 Carlos V nombra a Cortés gobernador, capitán general y justicia mayor de Nueva España. Es la cumbre de Cortés. Quince días después muere Catalina Xuárez, su primera mujer, y se forman las primeras murmuraciones de que Cortés la mató. Empieza el descenso de su fortuna. En enero de 1524 sale de Veracruz la expedición al mando de Cristóbal de Olid para explorar las Hibueras (Honduras), país de supuesta riqueza y donde estaría el estrecho a la Mar del Sur. Cortés se entera de que Diego Velázquez estaba en tratos con Olid y que habían convenido alzarse con las nuevas tierras que el último iba a explorar. Cortés, al saberlo, “explota y pierde la cabeza”. En junio, Cortés envía cuatro navíos con 150 soldados a las Hibueras para castigar la infidencia de Cristóbal de Olid. Sin esperar noticias de ellos decide, contra el consejo de todos, ir en persona a las Hibueras. Lleva una “increíble comitiva” de 3 500 personas, de ellos 3 000 indios (morirían 2 950 de ellos), que incluye dos cazadores halconeros, cinco chirimías, sacabuches, dulzainas, un volteador, y otro que jugaba de manos y hacía títeres. Dejó el gobierno de la ciudad de México al licenciado Alonso de Zuazo, alcalde mayor, que era además administrador de la justicia; por tenientes de gobernador quedaron el tesorero Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz. Llevó consigo a los otros dos oficiales reales, Gonzalo de Salazar, factor, y Peralmíndez Chirinos, veedor. Va por una ruta mal conocida hasta Coatzacoalcos, y tras los primeros días de regocijos y fiestas entra en el laberinto fluvial del istmo de Tehuantepec, donde hubo que construir pasos y puentes. Empieza a faltar la comida y se mueren muchos. Se desmorona su comitiva. Además, Cortés recibe correos de México con las noticias de que aumentaban las desavenencias entre Estrada y Albornoz, sus tenientes de gobernador. Decide entonces hacer volver a México al factor y al veedor con el encargo de que restablecieran la paz. Cuando la expedición

llega a la provincia de Acalan, un indígena llega secretamente a delatar a Cortés que Cuauhtémoc y los otros señores que lo acompañaban hablaban de matarlos y mover de nuevo la guerra, hasta acabar con los invasores. Según la versión de Cortés, él mismo interrogó por separado a los acusados, quienes confesaron. Por ello, hizo ahorcar a Cuauhtémoc y a Tetelepanquétzal, señor de Tacuba. Bernal Díaz dice: “Fue esta muerte que les dieron muy injustamente y pareció mal a todos los que íbamos”. Llegado a la costa de Honduras, Cortés se entera que la expedición fue completamente inútil, porque ya había sido degollado Cristóbal de Olid. Además recibe una carta de Alonso de Zuazo desde Cuba, en que le relata el desgobierno de México. Los dos oficiales reales, Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirinos, se habían apoderado del gobierno. Habían prendido a Zuazo y a los otros encargados del gobierno, y a Rodrigo de Paz, a quien Cortés había confiado el cuidado de sus bienes. A este último lo atormentaron bárbaramente para que denunciara dónde estaban “los tesoros” de Cortés, y lo hicieron morir en la horca. Los bienes de Cortés habían sido saqueados y se había corrido la noticia de que era muerto. “Cortés llorará de rabia al recibir estas noticias, pero había pasado año y medio desde su salida”. Lo grave eran las críticas y denuncias contra Cortés que enviaron a la Corte los oficiales reales, especialmente Albornoz y Salazar, sobre todo la que afirmaba que disponía de fabulosos tesoros. Quince días después de su regreso a México, el 2 de julio de 1526, llegó el juez Luis Ponce de León a tomarle juicio de residencia y quitarle gobernación. Ponce de León muere 18 días después y deja como gobernador a Marcos de Aguilar. Éste, en septiembre, obliga a Cortés a renunciar a los cargos de capitán general y repartidor de los indios. El 1^o de marzo muere Marcos de Aguilar. Alonso de Estrada gobierna solo la Nueva España. En septiembre Estrada destierra a Cortés de la ciudad de México. En abril de 1528 Carlos V envía instrucciones a Cortés para que viaje a España. En diciembre, Estrada termina sus funciones como gobernador de Nueva España y comienza a gobernar la primera Audiencia.

Cortés se entrevista en España con Carlos V, y en abril de 1529 se casa con doña Juana de Zúñiga. El 6 de julio recibe del rey las cédulas de mercedes y honores: 23 000 vasallos en 22 pueblos, título de marqués del Valle de Oaxaca y nuevo nombramiento como capitán general de la Nueva España y del Mar del Sur. Se le quita definitivamente el poder político. El 27 de octubre firma una capitulación con la reina para descubrimientos en el Mar del Sur (como gobernador y justicia mayor). En marzo de 1530 Cortés vuelve a

México con una comitiva de 400 personas, entre ellas su mujer y su madre. En enero de 1531 se instala en la capital de su marquesado, Cuernavaca. El 30 de junio de 1532 sale la primera expedición del Mar del Sur, que fracasa. En 1533 y 1535 salen otras expediciones que igualmente fracasan. En noviembre de 1535 llega el primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza. Las relaciones de Cortés con él son cordiales al principio, pero después se enfrían. Ambos celebran fiestas suntuosas. En 1539 sale la cuarta expedición al Mar del Sur. En agosto del mismo año el virrey se apodera del astillero de Cortés en Tehuantepec.

Cortés decide viajar de nuevo a España para protestar contra el virrey. En junio de 1540 se le comunica que no puede regresar a Nueva España hasta que se resuelva su Juicio de Residencia (éste no se resuelve nunca). En 1541 Cortés participa en el sitio de Argel, que acaba en desastre. El 2 de diciembre de 1547 muere en Castilleja de la Cuesta (Sevilla). En su testamento expresa su deseo de ser enterrado en el monasterio que pensaba construir en Coyoacán, de ser posible, antes de diez años después de su muerte. Ni una ni otra cosa pudieron cumplirse y sus despojos sufrirán hasta ocho exhumaciones y entierros. Es enterrado en la cripta del duque de Medina Sidonia, en la capilla del monasterio de San Isidoro del Campo, en Santiponce. En 1550 es trasladado a otro sitio en la misma iglesia. En 1566 sus restos se trasladan a Nueva España y se entierran en la iglesia de San Francisco de México. En 1716 se trasladan a otro sitio de la misma iglesia. En 1794 se exhuman de nuevo y se entierran en la iglesia del Hospital de Jesús, fundado por él. En 1823 y 1836 se cambian de nuevo. En 1946 la urna con los restos es descubierta, estudiada y vuelta a depositar en el mismo lugar, con una placa de bronce.

José Luis Martínez ha escrito un libro perfecto. Es la historia definitiva de Cortés. Utiliza como base principal las famosas *Cartas de Relación*, analizando cada uno de los hechos de acuerdo con las distintas versiones del propio Cortés, de los cronistas y de los demás testigos de vista (en una ocasión señala 18 versiones distintas), pero además ha descubierto en el curso de sus investigaciones una cantidad increíble de manuscritos inéditos (que serán publicados en cuatro volúmenes).

Es el primero que usa el Juicio de Residencia en conjunto. Descubrió de él, en el Archivo General de Indias de Sevilla, dos legajos completos. Aun así, dice que quedan por investigar 800 folios (El Juicio de Residencia probablemente es el más voluminoso de Indias; publicado serían cinco gruesos volúmenes. El descargo tiene

422 preguntas; la probanza de un testigo comprende 230 folios). El mérito más grande de la obra es su ecuanimidad. José Luis Martínez ve a Cortés como personaje central de una “historia fascinante y terrible”, hombre único, lleno de contradicciones (sus relaciones con los indios son un “triste ejemplo de la contradicción que existía entre sus doctrinas y sus prácticas”), movido por un “furor por la acción y los peligros”, y de una “compulsión interna”, a la vez que tenía una “gran sensibilidad al señalar los usos del México antiguo”, y tuvo rasgos de una “hermosa sobriedad”. Uno de los mejores capítulos es el llamado “Los personajes y los sucesos” (pp. 452-457), que trata sobre las decisiones tomadas por Cortés con ocasión de su expedición a las Hibueras, considerada por el autor como una “monstruosa equivocación”. (Los hechos acaecidos en México durante su ausencia fueron una “tragicomedia de enredos y crímenes”). También los otros personajes reciben sus motes perfectos (el “humanísimo Bernal”, la viuda de Cortés “altiva y hurañá”, el “tigre Chirinos”, Rodrigo de Paz, su mayordomo, “tan fiel como necio”, Juan de Burgos con “la soltura verbal de los andaluces”, etcétera). Sobre todo impresiona la vasta cultura de José Luis Martínez. Hay muchos párrafos que se refieren a personajes tan grandes de la humanidad como Homero, Aristóteles, Plutarco, Constantino, Voltaire, etcétera, y al hablar sobre su nacimiento menciona a los contemporáneos famosos (Fernando de Rojas, Machiavelli, Leonardo da Vinci, Michelangelo, Ticiano, etcétera). Cada capítulo va precedido de hermosas citas (De las cuatro que preceden a la obra en general una, asombrosa, es del poeta alemán Heinrich Heine). La obra tiene 26 capítulos, el último sobre “Poemas épicos y narrativos de la conquista y cortesianos”. La bibliografía, que consta de cinco partes y de 43 páginas, es perfecta (eché de menos solamente *The Spanish Conqueror as a Business Man*, por France V. Scholes), y sus partes finales son originalísimas, al tratar sobre “Obras literarias y musicales sobre Cortés y la conquista” y “Obras literarias y musicales sobre personajes y temas indígenas de la época”. La última empieza con óperas de Antonio Vivaldi y Karl Heinrich Graun (no dice que el libreto de esta ópera es de Federico el Grande de Prusia) sobre Montezuma, y termina con *Yo, maldita india*, drama de Jerónimo López Mozo, Madrid, 1989. La obra tiene muchísimas ilustraciones y una Cronología General de 18 páginas.

Enrique OTTE